

te de ellos, y de un modo contrario otra, solo uno, siguiendo esta ó aquella vía, tuvo un dichoso fin, mientras que los demás no hallaron allí mas que un desastrado fin. Se comprenderá porque Pertinax y Alejandro quisieron imitar á Marco no solamente en balde, sino tambien con perjuicio suyo, en atención á que el último reinaba por derecho hereditario, y que los dos primeros no eran mas que Príncipes nuevos (87). Aquella pretensión que Caracalla, Cómodo y Maximino tuvieron de imitar á Severo, les fué igualmente adversa, porque no estaban adornados del suficiente valor para seguir en todo sus huellas.

Así pues, un Príncipe nuevo en un principado nuevo, no puede sin peligro imitar las acciones de Marco; y no le es indispensable imitar las de Severo (88). Debe tomar de éste cuantos procederes le son necesarios para fundar bien su Estado; y de Marco, lo que hubo, en su conducta, de conveniente y glorioso para conservar un Estado ya fundado y asegurado (89).

(87) Hay algo bueno en cada uno de estos modelos; es menester saber escoger. Unicamente los tontos pueden atenerse á uno solo é imitarle en todo. R. I.

[88] ¿Quién será capaz de seguir las más? R. I.

(89) Perfectamento concluido; pero todavía no puedo desistir de los procederes de Severo. R. I.

CAPITULO XX.

SI LAS FORTALEZAS Y OTRAS MUCHAS COSAS QUE LOS
PRINCIPES HACEN CON FRECUENCIA,
SON UTILES Ó PERNICIOSAS

Algunos Príncipes, para conservar seguramente sus estados, creyeron deber desarmar á sus vasallos; y otros varios engendraron divisiones en los países que les estaban sometidos. Hay unos que en ellos mantuvieron enemistades contra sí mismos; y otros se dedicaron á ganarse á los hombres que le eran sospechosos en el principio de su reinado. Finalmente, algunos construyeron fortalezas en sus dominios; y otros demolieron y arrasaron las que ya existían (1)

Aunque no es posible dar una regla fija sobre todas estas cosas, á no ser que se llegue á contemplar en particular alguno de los estados en que hu

(1) Un mismo Príncipe puede verse obligado á hacer todo esto en el curso de su reinado, según el tiempo y circunstancias. R. I.

biera de tomarse una determinación de esta especie, sin embargo hablaré de ello del modo extenso y general que la materia misma permita [2].

No hubo nunca Príncipe nuevo ninguno que desarmara á sus gobernados; y mucho más cuando los halló desarmados, los armó siempre él mismo (3). Si obras así, las armas de tus gobernados se convierten en las tuyas propias; los que eran sospechosos se vuelven fieles; los que eran fieles, se mantienen en su fidelidad; y los que no eran mas que sumisos, se transforman en partidarios de tu reinado.

Pero como no puedes armar á todos tus súbditos, aquellos á quienes armas, reciben realmente un favor de tí; y puedes obrar entonces más seguramen-

(2) Habla, y me encargo de las consecuencias prácticas. R. 1.

(3) Así obraron los hábiles fautores de la revolución. Haciéndose los príncipes de la Francia, con la transformación que ellos hicieron de sus Estados generales, en Asamblea nacional, armaron inmediatamente al pueblo entero, para formarse de él un ejército *nacional* en provecho suyo. ¿Por qué conservaron las guardias urbanas y comunales este título que no les conviene ya hoy día? ¿Guarda cada una de ellas á la nación entera? Es menester que ellas le pierdan, pero gradualmente. No son, ni deben ser, mas que guardias urbanas ó provinciales: así lo exigen el buen orden y sano juicio. R. 1.

te con respecto á los otros (4). Esta distinción de la que se reconocen deudores á tí, los primeros te los apega; y los otros te disculpan, juzgando que es menester ciertamente que aquellos tengan más mérito que ellos mismos, supuesto que los expones á más peligros, y que no les haces contraer más obligaciones.

Cuando desarmas á todos tus gobernados, empiezas ofendiéndolos, supuesto que manifiestas que te desconfías de ellos, sospechándolos capaces de cobardía ó poca fidelidad (5). Una ú otra de ambas opiniones que te supongan ellos con respecto á sí mismos, engendra el odio contra tí en sus almas. Como no puedes permanecer desarmado, estás obligado á valerte de la tropa mercenaria cuyos inconvenientes he dado á conocer (6). Pero aun cuando fuera buena la que tomaras, no puede serlo bastante para defenderte al mismo tiempo de los enemigos poderosos que tuvieras por de fuera, y de

(4) Los grandes forjadores de la revolución francesa no querían armar realmente mas que al pueblo. Los pocos nobles á quienes dejaron introducirse en su guardia nacional no los espantaban; sabían bien que no tardarían en echarlos, y teniéndose el pueblo por el único favorecido fué de ellos únicamente. R. 1.

(5) ¿Cómo saldrán de este difícil paso; porque hay muchas guardias nacionales que no están por ellos? E.

(6) No los hay pues de esta especie. E.

aquellos gobernados que te causan sobresaltos en lo interior (7). Por esto, como lo he dicho, todo Príncipe nuevo en su soberanía nueva, se formó siempre una tropa suya (8). Nuestras historias presentan innumerables ejemplos de ello.

Pero cuando un Príncipe adquiere un Estado nuevo en cuya posesión estaba ya, y que este nuevo Estado se hace un miembro de su antiguo principado, es menester entonces que le desarme semejante Príncipe, no dejando armados en él mas que á los hombres que, en el acto suyo de adquisición, se declararon abiertamente por partidarios suyos (9). Pero aun con respecto á aquellos mismos, debes con el tiempo, y aprovechándote de las ocasiones propicias, debilitar su belicoso genio, y hacerlos afeminados [10]. En una palabra, es menester que te pongas de modo que todas las armas de tu estado permanezcan en poder de los soldados que te pertenecen á tí solo, y que viven, mucho

(7) Dudo que los aliados que están en Francia puedan impedir esto; y por otra parte saldrán bien pronto de allí. E.

(8) Imposible en este momento para ellos; y sería urgente. Pero guardan la mfa, para lo que soy todo. E.

(9) Hice atención á esto en Italia. R. C.

[10] Los ví con gusto fastidiarse del servicio, y me constaba bien que, pasado el primero de Febrero, se cansarían de él. R. C.

tiempo hace, en tu antiguo Estado al lado de tu persona (11).

Nuestros mayores (Florentinos), y principalmente los que se alaban como sábios, tenían costumbre de decir que sí; para conservar Pisa, era necesario tener en ella fortalezas; convenía, para tener Pistoia, fomentar allí algunas facciones. Y por esto, en algunos distritos de su dominación, mantenían ciertas contiendas que les hacían efectivamente más facil la posesión suya. Esto podía con venir en un tiempo en que había un cierto equilibrio en Italia; pero no parece que este método pueda ser bueno hoy día, porque no creo que las divisiones en una ciudad proporcionen jamás bien ninguno (12). Aun es imposible que á la llegada de un enemigo las ciudades asi divididas no se pierdan al punto; porque de los dos partidos que ellas encie-

[11] No poner para guardar el país conquistado mas que regimientos de cuyo apego estoy seguro. R. C.

[12] No debe tomarse literalmente este raciocinio; porque en tiempo de Maquiavelo, los ciudadanos eran soldados en caso de ataque de su ciudad. No se cuenta ya hoy día con los ciudadanos para la defensa de una ciudad embestida, sino con las buenas tropas que se han puesto en ella. Pienso, pues, como los antiguos florentinos, que es bueno mantener partidos de cualquiera especie en las ciudades y provincias, para ocuparlas cuando son de una índole inquieta, en el bien entendido de que ninguno se dirija contra mí. R. C.

rran, el más débil se mira siempre con las fuerzas que ataquen, y el otro con ello no bastará ya para resistir.

Determinados, en mi entender, los venecianos por las mismas consideraciones, que nuestros antepasados mantenían en las ciudades de su dominación las facciones de los Guelfos y Gibelinos, aunque no los dejaban propasarse en sus pendencias hasta el grado de la efusión de sangre, alimentaban sin embargo entre ellas su espíritu de oposición, á fin de que ocupados en sus contiendas los que eran partidarios de una ú otra, no se sublevaran contra ellos (13). Pero se vió que este estratagema no se convirtió en beneficio suyo, cuando hubieron sido derrotados en Vaila, porque una parte de estas facciones tomó aliento entonces, y les quitó sus dominios de tierra firme.

Semejantes medios dan á conocer que el Príncipe tiene alguna debilidad [14]; porque nunca en un principado vigoroso se tomará uno la libertad

[13] Estratagema que me salió acertadamente. A menudo les echo á veces algunas leves semillas de discordias particulares, cuando quiero distraerlos de ocuparse en los negocios de Estado, ó que preparo en secreto alguna grande providencia gubernativa. R. I.

[14] Quizás también á veces alguna prudencia y arte. R. I.

de mantener tales divisiones (a). Son provechosas en tiempo de paz únicamente, porque se puede dirigir entonces, por su medio, más fácilmente á los súbditos (15); pero si la guerra sobreviene, este expediente mismo muestra su debilidad y peligros.

Es incontestable que los príncipes son grandes, cuando superan á las dificultades y resistencias que se les oponen (16). Pues bien, la fortuna, cuando ella quiere elevar á un príncipe nuevo, que tiene mucha más necesidad que un príncipe hereditario, de adquirir fama, le suscita enemigos, y le inclina á varias empresas contra ellos, á fin de que él tenga ocasión de triunfar, y con la escala que se le trae en cierto modo por ellos (17) suba más arriba [b].

(15) En tiempo de guerra es menester distraerlos de otro modo para contentarlos. R. I.

(16) ¿Se podían superar más que yo? R. I.

(17) Cuantas escalas me suministraron ellos, me aproveché bien de ellas. R. I.

a. "El Rey de Francia, dice Maquiavello (*Disc.*, 1. 3, c. 27), no sufriría nunca que ninguno se dijera del partido del Rey, porque esto significaría que habría otro partido diferente del suyo."

b. La vida de Tiberio, antes que él llegara al imperio, estuvo llena de contratiempos y peligros: *Casus primá ab infantia ancipites. Ubi domum Augusti privignus introiit, multis oemulis conflictatus est, dum Marcellus et Agrippa, mox Caius Luciusque Casares viguere... Sed maximé in lubrico egit, acceptá in matrimonium Juliá, impudicitiam uxoris tolerans aut declinans.* (Tácto, *Ann.* 6). Tácto habla también de un Caractaco que no debió su elevación más que á vicisitudes, tan pronto adversas como propicias, y que acabó sobrepujando en dominación á todos los otros

Por esto piensan muchas gentes que un príncipe sabio debe, siempre que le es posible, proporcionarse con arte algún enemigo á fin de que atacándole y reprimiéndole, resulte un aumento de grandeza para el mismo (18).

Los príncipes y especialmente los que son nuevos, hallaron después en aquellos hombres que, en el principio de su reinado les eran sospechosos, más fidelidad y provecho que en aquellos en quienes al empezar ponían toda su confianza (19). Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, se servía en el gobierno de su Estado, mucho más de los que le habían sido sospechosos, que de los que no lo habían sido nunca.

Pero no puede darse sobre este particular una regla general, porque los casos no son siempre unos mismos (20). Me limitaré pues á decir que, si aquellos hombres que, en el principio de un principado eran enemigos del príncipe, no son capaces de man-

[18] Maquiavelo debe estar contento del provecho que saqué de este consejo. R. I.

[19] Esto puede ser verdad para otros, pero no lo es casi para mí. R. I.

[20] En hora buena. R. I.

Emperadores de la Bretaña: *Quem multa ambigua, multa prospera extulerant, ut exteros Britannorum imperatores proemineret.* (Ann. 12). El mismo historiador cita también el ejemplo de aquel capitán romano, que se hizo intrépido, porque había experimentado alternativamente la buena y mala fortuna: *Caccina secundarum ambiguarumque rerum sciens, eoque internitus.* (Ann. 1).

tenerse en su oposición sin necesitar de apoyos, podrá ganarlos el príncipe fácilmente (21).

Estarán después tanto más precisados á servirle con fidelidad, cuanto conocerán cuan necesario les es borrar con sus acciones la siniestra opinión que tenía formadas de ellos el príncipe (22). Así pues sacaré siempre más utilidad de estas gentes que de aquellos sujetos que, sirviéndole con mucha tranquilidad de sí mismos [23], no pueden menos de descuidar los intereses del príncipe [c].

Supuesto que lo exige la materia, no quiero omitir el recordar al príncipe que adquirió nuevamente un estado con el favor de algunos ciudadanos, que él debe considerar muy bien el motivo que los inclinó á favorecerle. Si ellos lo hicieron no por un afecto natural á su persona, sino únicamente á cau-

[21] Como gané á ciertos nobles, que por ambición ó medianía de fortuna, necesitaban de plazas; y á los emigrados á quienes volví á abrir la Francia, y restituí sus bienes.... R. I.

[22] ¿Qué no hicieron para ello conmigo? R. I.

[23] Es menester saber turbar esta tranquilidad, cuando se sospecha que ellos aflojan; y aun cuando no hubiera motivos para sospecharlo, algunos intempestivos arranques surten siempre un buen efecto. R. I.

c. Mario Celso fué muy fiel á Otón, aunque él habia sido amigo incorruptible de Galba: "Marium Celsum cons. Galboe usque in extremas res amicum fidumque." (Tácit. Hist. 1). "Otho intra intimos amicos habuit....., mansitque Celso velut fataliter etiam pro Othone fides integra." [Ibid.]

sa de que no estaban contentos con el gobierno que tenían [d], no podrá conservarlos por amigos semejante príncipe mas que con sumo trabajo y dificultades, porque es imposible que pueda contentarlos (24). Discurriendo sobre esto con arreglo á los ejemplos antiguos y modernos, se verá que es más fácil ganar la amistad de los hombres que se contentaban con el anterior gobierno, aunque no gustaban de él (25), que de aquellos hombres que no estando contentos (26), se volvieron, por este único motivo, amigos del nuevo príncipe, y ayudaron á apoderarse del estado [27].

Los príncipes que querían conservar más seguramente el suyo, tuvieron la costumbre de construir fortalezas que sirviesen de rienda y freno á cualquiera que concibiera designios contra ellos (28), y

[24] No me quisieron mas que para que yo les llenara de bienes, y como son insaciables, querrían lo mismo á otro Príncipe que me sustituyera, á fin de verse colmados también por él. Su alma es una cuba de Danaidas, y su ambición el buitre de Prometeo. R. I.

(25) Tales como los realistas moderados. R. I.

(26) Por despecho de ambición. R. I.

(27) Reflexión sumamente poderosa. R. I.

(28) Así se construyeron la Bastilla en el reinado de Carlos el sabio, para asegurarse de París, y el Castillo-Trompeta de Burdeos, en el de Carlos VIII, para asegurarse de los bordeleses. No perdamos esto de vista. R. I.

d. "Muchos se conducen así, porque aborrecen á los que reinan, y que desean una mudanza." "Multi odio pracsentium, et cupidino mutationis. [Ann. 3].

de seguro refugio á sí mismos en el primer asalto de una rebelión [29]. Alabo esta precaución supuesto que la practicaron nuestros mayores [e]. Sin embargo, en nuestro tiempo, se vió á Mossen Nicolás Viteli demoler dos fortalezas en la ciudad de Castelo, para conservarla. Habiendo vuelto Guy Ubaldo, duque de Urbino á su Estado, del que le había echado César Borgia, arruinó hasta los cimientos todas las fortalezas de esta provincia (f), que sin

[29] A la primera ocasión me haré una en las alturas de Montmartre, para imponer respeto á los parisienses. ¡Por qué no la tuve cuando ellos se entregaron cobardemente á los aliados! El Castillo-Trompeta contendrá á los traidores del Garona. E.

e. Cuando á la muerte de Felipe María Visconti, último Duque de su estirpe en Milán, los ciudadanos se formaron en República, y retuvieron á su General Francisco Sforzia, nombrándole por Comandante de las tropas de su República, persuadió éste la demolición de la ciudadela que los Viscontis habían construido: era al oírle, un antemural que amenazaba á su libertad; y la destruyeron los milaneses. Bien pronto se arrepintieron de ello, cuando Francisco Sforzia hubo vuelto sus armas contra ellos mismos. No pudiendo defenderse ya eficazmente, se vieron forzados á abrirle sus puertas. Pero no bien hubo logrado el hacerse proclamar Duque suyo, cuando pensó en reedificar la ciudadela; y como este designio atemorizaba á los milaneses, discurrió, para seducirlos, someterle al examen de los ciudadanos por barrios; y tuvo en cada uno de ellos adictos oradores, que se condujeron tan bien, que la creación de la ciudadela pareció pedida por el pueblo mismo al Duque. Mandóla reedificar éste, pues, pero más vasta y fuerte que ella lo era anteriormente; y para tapar la boca á los murmuradores del pueblo, construyó al mismo tiempo un soberbio hospital en la ciudad. Nunca dejan los usurpadores de hacer útiles y hermosas construcciones, para encubrir la odiosidad de su usurpación y tiranía.

f. Maquiavelo dice en el cap. 24 del libro 3 de sus discursos, que "el Duque de Urbino demolió sus fortalezas, porque siendo

ellas, conservaría más fácilmente aquel Estado, y que había más dificultad para quitársele otra vez (30). Habiendo vuelto á entrar en Polonia los Bentivoglis, procedieron del mismo modo (g).

Las fortalezas son útiles ó inútiles, según los tiempos; y si ellas te proporcionan algún beneficio bajo un aspecto, te perjudican bajo otro. Puede reducirse la cuestión á estos términos: el príncipe que tiene más miedo de sus pueblos que de los extranjeros debe hacerse fortalezas (31); pero el que teme más á los extranjeros que á sus pueblos, debe pasarse sin esta defensa. El castillo que Francisco Sforzia se hizo en Milán, atrajo y atraerá más guerras á la familia de los Sforcias que cualquiera otro

[30] Destruir todas las de Italia, exceptúo las de Mantua y Alejandría, que fortificaré lo más que me sea posible. G.

[31] Cuando se teme á los unos tanto como á los otros conviene absolutamente tenerlas y tenerlas en cuantas partes se teme. E.

amado de sus gobernados, temía hacérseles aborrecible, manifestando desconfiarse con ello de su lealtad; y que de otra parte no podía defender aquellas plazas contra los enemigos á no tener un ejército en campaña."

g. Los Bentivoglis, según Maquiavelo, se volvieron prudentes á costa del Papa Julio II, "el que habiendo construido una ciudadela en Bolonia, y puesto en ella á un Gobernador que hacia asesinar á los boloneses, perdió la fortaleza y ciudad, luego que estos se hubieron sublevado contra su Gobernador." [*Discurso sobre la primera Década*, 1. 2, cap. 24].

desórden posible en este estado (h). La mejor fortaleza que puede tenerse es no ser aborrecido de sus pueblos (32). Aun cuando tuvieras fortalezas, si el pueblo te aborrece, no podrán salvarte ellas (33); porque si él toma las armas contra tí, no le faltarán extranjeros que vengan á su socorro (34).

No vemos que, en nuestro tiempo, las fortalezas se hayan convertido en provecho de ningún príncipe, sino es de la condesa de Forli, después de la muerte de su esposo, el conde Gerónimo. Le sirvió su ciudadela para evitar acertadamente el primer choque del pueblo, para esperar con seguridad

[32] Pero si es que os aborrecen, os hacen á menudo más mal que cien amigos os hacen bien. E.

[33] No creo esto. E.

[34] Entonces como entonces, y veríamos. E.

h. La ciudadela que Francisco Sforzia edificó en Milán, hizo más atrevidos á los príncipes de su familia, y se volvieron con ello más violentos y odiosos. Dice Maquiavelo. [*Disc.*, 1. 2, cap. 24]. Añade que "este castillo no sirvió en la adversidad de los Sforcias, ni á los franceses, cuando unos y otros le poseían sucesivamente; sino que, por el contrario, les perjudicó infinito, á causa de que satisfecha su soberbia con poseerle, hizo que los unos y los otros se desdenaran de tratar con respeto y miramiento al pueblo."—"Si construyes fortalezas, prosigue Maquiavelo, te sirven ellas en tiempo de paz, pero únicamente para hacerte más osado en maltratar á tus súbditos; y en tiempo de guerra, te son inútiles, porque hallándose embestidas entonces por los enemigos y súbditos tuyos, es imposible que ellas resistan á unos y otros.... Si quieres recuperar un Estado perdido, no lo conseguirás nunca por medio de tus fortalezas, á no ser que tengas un ejército que pueda pelear contra el que te despojó. Pero si tuvieras un ejército, podrías recuperar tu Estado, aun cuando carecieras de fortalezas."

algunos socorros de Milán, y recuperar su estado (35). Entonces, no permitían las circunstancias que los extranjeros vinieran al socorro del pueblo (36). Pero en lo sucesivo, cuando César Borgia fué á atacar á esta condesa, y que su pueblo al que ella tenía por enemigo se reunió con el extranjero contra sí misma, le fueron casi inútiles sus fortalezas (37). Entonces, y anteriormente, le hubiera valido más á la condesa el no estar aborrecida del pueblo, que el tenerlas (38). Bien consideradas todas estas cosas, alabaré tanto al que haga fortalezas, como al que nos las haga; pero censuraré al que fiándose mucho en ellas, tenga por causa de poca monta, el odio de sus pueblos (39)

(35) Esto es ciertamente bastante para la justificación de las fortalezas. E.

(36) Ella no tenía un ejército como el mío. E.

(37) Créolo muy bien, si ella no tenía más que esto para defenderse. E.

(38) ¿No ser aborrecido del pueblo? vuelve siempre á esta puerilidad: las fortalezas valen ciertamente el amor del pueblo. E.

(39) Puedes alabarme anticipadamente.

CAPITULO XXI.

CÓMO DEBE CONDUCIRSE UN PRINCIPE PARA ADQUIRIR ALGUNA CONSIDERACION.

Ninguna cosa le granjea más estimación á un príncipe que las grandes empresas, y las acciones raras y maravillosas (1). De ello nos presenta nuestra era un admirable ejemplo en Fernando V Rey de Aragón, y actualmente monarca de España. Podemos mirarle casi como á un príncipe nuevo [2], porque de rey débil que él era, llegó á ser por su fama y gloria, el primer rey de la cristiandad (3). Pues bien, si consideramos sus acciones, las hallaremos todas sumamente grandes; y aun algunas nos parecerán extraordinarias (4). Al comen-

(1) Con ellas me he elevado y únicamente con ellas puedo sostenerme. Si yo no hiciera otras nuevas que sobrepasaran á las anteriores, decaería. R. I.

(2) Los hay de muchas especies. E.

(3) Llegaré á serlo. E.

(4) No más que las mías. R. I.